

## VISIONES DEL DEPORTE EN LA POLITIZACIÓN DE LA LITERATURA DE AVANZADA

### Visions of Sports in the Politization of *Literatura de Avanzada*

IGNACIO HUERTA BRAVO

CEA CAPA Education Abroad, Madrid

ignaciohuertabravo@gmail.com

ORCID: 0000-0003-0382-1579

Recibido: 18-9-2023

Aceptado: 31-10-2023

DOI: <https://doi.org/10.51743/cilh.vi49.386>

#### RESUMEN

El siguiente artículo estudia las relaciones entre el deporte, la política y la denominada literatura de avanzada a finales de los años veinte. Lejos de una perspectiva homogénea, se observa una rica variedad de interpretaciones de los literatos contemporáneos sobre el fútbol, el boxeo, el automovilismo y otras disciplinas en boga. La instrumentalización del deporte se conjuga con el sentido humorístico y desenfadado de la vanguardia tardía española. Autores de tan dispares estilos e ideas como Francisco Ayala, Ernesto Giménez Caballero, José Ortega y Gasset o Samuel Ros, entre otros, formaron la visión politizada de uno de los mayores fenómenos sociológicos del pasado y presente siglos.

**PALABRAS CLAVE:** deporte; literatura; vanguardia; fascismo; totalitarismo.

#### ABSTRACT

The following article examines the relation between sports, politics, and the so-called *literatura de avanzada* in the late 1920s. Far from a homogeneous perspective, there is a rich variety of interpretations by contemporary writers on football, boxing, motorsports, and other popular disciplines. Along with the political instrumentalization of sport is observed a comical and carefree attitude typical of Spanish late avant-garde. Authors of such diverse styles and ideas as Francisco Ayala, Giménez Caballero, Ortega y Gasset, and Samuel Ros, among others, shaped the politicized vision of one of the greatest sociological phenomena of the past and present centuries.

**KEYWORDS:** Sport; Literature; Avant-garde; Fascism; Totalitarianism.

LA EDAD DE PLATA de las letras españolas está plagada de referencias deportivas y obras dedicadas exclusivamente a su popularización y significación sociológica. Un trabajo iniciado en el siglo XIX, cuando la Institución Libre de Enseñanza, inspirada por el ideal armónico krausista de cuerpo y espíritu, promovía su ejercicio como complemento necesario al trabajo intelectual. El surgir de los espectáculos deportivos masivos, de la profesionalización del deportista y de la prensa especializada trajo consigo encendidos debates sobre su utilidad para una población que, con el transcurrir de las primeras décadas del siglo XX, estaba cada vez más atenta a sus grandes eventos, héroes y efemérides. La competencia en el estadio se extendió a los grandes debates sobre modernidad y tradición, y el deporte se conservó como un objeto más de observación filosófica y literaria de intelectuales del alcance de Marañón, Ortega y Unamuno [Cuesta Muñiz, 2017; González Aja, 1998].

A lo largo del siglo XX, observamos la transición del inicial rechazo de deportes masivos importados en favor de otras tradiciones y disciplinas autóctonas, a la globalización de grupos nacionalistas que aprovecharon la notoriedad de estos espectáculos para organizarse, lanzar sus proclamas y portar su simbología –hooliganismo y fenómeno ultra–. De modo más genérico, la sociología ha comprendido el deporte como parte esencial de la identidad de las sociedades contemporáneas en línea con las tesis sobre la nación de Benedict Anderson como comunidad imaginada, o concierto de extraños que se reconocen a través de simbologías e himnos comunes en los estadios. En este sentido, este ha desempeñado un papel rector en la politización y nacionalización de las masas por Estados de diversa naturaleza, ya sean estos democráticos, regímenes mixtos o autocráticos. Además, el enfrentamiento entre naciones en el terreno deportivo ha supuesto una vía alternativa de éxito a la política por otros medios para muchas naciones deprimidas económica y militarmente [Anderson, 1983; Hargreaves, 2000; Jarvie, 2006].

La Escuela de Frankfurt teorizó los espectáculos deportivos de las sociedades capitalistas avanzadas como ensayos necesarios para la defunción de las democracias: organización, jerarquía, rectitud y disciplina corporal se habrían impuesto anulando al sujeto y oprimiendo su naturaleza libidinal [Adorno, 1941; Kracauer, 1963; Marcuse, 1953]. Estas concepciones se nutrían principalmente de la experiencia de Weimar y el hitlerismo como consecuencia necesaria del progreso del capitalismo y de las sociedades de masas hipertecnificadas, así como subsumían de manera un tanto indefinida toda experiencia autoritaria dentro de un modelo ideal fascista susceptible de aplicarse en sociedades democráticas: el deporte sería así una herramienta de alienación individual, de consumo irreflexivo, de organización geométrica de la masa y de su control absoluto por el Estado y el capitalismo –incluyendo en este sistema a los países que aplicaban el socialismo real–.

Con respecto al deporte y al totalitarismo en España, la crítica se ha centrado en los primeros años del franquismo, cuando las instituciones deportivas del régimen implantaron ciertos elementos análogos a la Alemania de Hitler y a la Italia de Mussolini: la militarización de equipos deportivos, el saludo romano en los prolegómenos de los eventos y la utilización política del Estado. Una fascinación por la subordinación del deporte a los objetivos programáticos de los países totalitarios que rastreamos desde la sección exclusiva en la revista *F.E.*, “Aire libre”, hasta el proselitismo de la actividad física por Martín Fernández –alias Juan Deportista– en la publicación del partido unificado FET de las JONS, *Vértice*, ya durante la guerra de 1936 [Da Costa, 2023a: 289-295]. Teresa González Aja [1998] concluye que el franquismo no promocionó la cultura física, el espectáculo deportivo de masas y su utilización con fines políticos al nivel que los regímenes nazi y fascista. Durante la Guerra Civil Española, se convirtió en instrumento de culto y disciplina partidistas, de sumisión a las ideologías. Las fotografías e ilustraciones de jóvenes atletas portando

los símbolos políticos respectivos se observan en órganos de propaganda como el asociado a las Juventudes Socialistas Unificadas, *Ahora: Diario de la Juventud*, o el órgano de Falange Tradicionalista de las JONS, *Vértice*. En el origen de las grandilocuentes estéticas deportivas del realismo socialista y el fascismo se encuentra la generación del nuevo romanticismo predicada por José Díaz Fernández. En los años previos a la proclamación de la II República, los jóvenes escritores cantaban alabanzas a la nueva sociedad del siglo XX y al deporte de masas como una de sus más ejemplares exposiciones. Estas visiones prometeicas materializadas en obras literarias admiraban el boxeo o el automovilismo por ser trasuntos de unas clases sociales e ideologías pujantes que enterraban definitivamente el siglo XIX y alumbraban una España incorporada, sí, al concierto internacional, pero que traía su propia voz. Asumiendo todo ello, observamos que la idealización del fenómeno como elemento e instrumento de un cuerpo nacional regenerado y perfeccionado no fue óbice para producir las imágenes desordenadas, iconoclastas e infantiles tan propias de aquellos literatos.

La ideologización de los escritores a finales de los años veinte y su adscripción a corrientes fascistas o comunistas ha sido objeto de estudio de numerosos autores. Estos tratan fundamentalmente la introducción de los totalitarismos en la literatura y el arte en España, así como en la cultura popular en la cual se subsume el deporte. Primero, la importancia en el discurso del deporte de política y literatura de masas. Segundo, los ejemplos en los cuales se presenta el deporte, como el cine, en contraste con otras formas democráticas y decimonónicas denostadas por los autores. Tercero, la imaginación y simbología en las cuales vemos presentes el deporte como parte sustancial o componente adjetivo. La politización de las letras fue un proceso de correspondencia entre la nueva literatura y nuevas formas de hacer política: comunismo y fascismo. Desde esta perspectiva, la literatura sería lo contrario a la política institucional, de interés individualista y

de componendas entre grupos en el parlamento ajenos a la sociedad de masas. La misma asociación encontramos en el caso del deporte como expresión contemporánea que expresa un sentir contrario al *statu quo* demoliberal. Culto al cuerpo, disciplina militar, riesgo ante un porvenir indeterminado, una suerte de religiosidad panteísta resucitada con las olimpiadas modernas, y sumisión a la nación o a una ideología transnacional.

Ejemplo de ello es la entrevista publicada en la heterodoxa *La Gaceta Literaria* al interior del Real Madrid José Félix Pérez. Este quincenario caracterizado por su eclecticismo en la selección y mezcla de asuntos literarios y extraliterarios, llevó a portada una foto del futbolista aneja al diálogo con César María Arconada. En este sentido, la interviú al jugador blanco en una revista literaria era, y continúa siendo, una rareza. El escritor expone sus convicciones ideológicas al hacer coincidir nueva política, con literatura y deporte tal y como se definiría en la encuesta a la juventud española sobre las relaciones entre política y literatura realizada por *La Gaceta Literaria*. En ella [1928], defendería una politización radical en las filas del gran antagonismo del momento. Un escritor joven podría ser comunista o fascista, pero nunca liberal. Si la relación se establecía entre esta tendencia y la literatura, la respuesta solo podía ser un rotundo «no». Las letras, en su opinión, eran «deporte, juego, prestidigitación» [3].

Esta interviú no se limita al cuestionario final sobre un autor o un título cuando los medios de comunicación tratan las aficiones de un deportista. A través del sentido de las preguntas de Arconada, observamos que el deporte no es un anexo, sino un elemento literario de primer orden. El autor que más tarde abrazaría el comunismo y, tras la guerra, se afincaría en la Rusia soviética, inicia la entrevista la exaltación de la modernidad del siglo XX, a modo de su entonces camarada en la redacción Giménez Caballero, con un collage de elementos alternados antiguos y modernos que se suceden a modo de montaje cinematográfico:

Estadium. Horizontes de suburbio. –Cielo pintado de otoño. –Aire de Grecia por ruta latina. –Densidades de multitud. –Juego. –Línea. Arabesco. –(El siglo pasado murió el otro día en los divanes rojos de un café.) ¡Bello siglo XX! –Velocidad. –Acción. –Fuerza. –Deportes. –Vuelos. –Madrigales a las locomotoras [Arconada, 1927: 1].

La multitud, la acción y la velocidad son cualidades del nuevo siglo que ha despertado gracias al concurso del deporte y otros espectáculos de masas las viejas tradiciones de Occidente. La contraposición con el pasado sirve de contrapunto; un tiempo mítico que se opone al decadentismo de la tertulia en el viejo café. Escritores como el mismo Arconada o el mencionado Giménez se oponen a la España decimonónica que asocian con la inadaptación y el inmovilismo de unas clases rectoras periclitadas ancladas en sus convenciones e impermeables a las innovaciones. Al contrario, la nueva literatura como la nueva política, se congratulaba de coincidir cronológicamente con el automóvil, el cine y el *sportman*. Por ello no sorprende la otra nota característica el símil que Arconada hace entre el futbolista y uno de los integrantes de la Generación del 27: «Usted es [Félix Pérez], en el fútbol, lo que Benjamín Jarnés en la literatura». Las intencionadas cuestiones al jugador blanco sobre la relación entre intelectualidad, letras y deporte; la lucha entre equipos; y la participación apasionada de las masas en el espectáculo, nos dirigen a un epílogo que contrasta el mundo pasado del teatro y la política y el futuro, del cine y el deporte:

Debemos tener fe en nosotros, en nuestro siglo. Sin duda alguna: de la multitud ardorosa de los estadios, como de la multitud religiosa de los cines, ha de salir el nuevo mundo, el mundo de nuestra época. Frente al café. La tertulia, la política, el teatro, exaltemos nuestras cosas: el cine, la acción, los deportes, las mujeres con pelo corto. Frente al artista, al político o al cómico, exaltemos al nuevo héroe: al futbolista, al boxeador, al chófer [Arconada, 1927: 1].

Multitud religiosa y deportes conforman la utopía del mundo nuevo de finales de la década de 1920. Aldabonazo contra la vieja política

y las costumbres. Exaltación de la masa que ha de regir los destinos de la nación. Elementos recurrentes en los escritores de avanzada politizados que servirían, años después, a los proyectos políticos en pugna: comunismo y fascismo. Pese a las insalvables divergencias posteriores, hay un tronco de intereses estéticos e ideológicos comunes entre futuros comunistas, como Arconada o Rafael Alberti, y fascistas, como Ramiro Ledesma y Gecé. Sería este último uno de los engarces entre la concepción reguladora del deporte en el autoritarismo y la vanguardista, o mejor dicho ultraísta, de juego y anarquía creativa.

En 1928, Gecé publicó *Hércules jugando a los dados*. La recepción en España del futurismo italiano, del arte de la velocidad, de la guerra y del récord deportivo, parecía arribar con retraso. No obstante, esta anacronía dotaba a los escritores de una ventaja sobre la ortodoxia de las vanguardias históricas y sus polémicos manifiestos: la aceptación de todo el cúmulo de experiencias políticas –revoluciones de uno y otro signo– y artísticas –cubistas, dadaístas, surrealistas y futuristas combinadas en la definitiva obra de Guillermo de Torre, *Literaturas europeas de vanguardia* (1925)– sin ánimo de confrontar unas contra otras, sino simplemente de aunarlas contra lo *viejo y decrepito* del mundo político y literario que, a su entender, dominaba las instituciones académicas españolas. Todo ello sumado a una actitud irreverente y burlona practicada en las filas de los seguidores de Gómez de la Serna, hacía de ellos un grupo heterogéneo que se resquebrajaría con el enfrentamiento y la militancia posterior de unos y de otros.

La concepción del deporte como récord y competición, hijo de la velocidad impuesta por la marcha de la modernidad, se conjugaba con esta actitud desenfada de juego y azar propia del ramonismo en boga. *Hércules jugando a los dados* se escribe en un tono histriónico que refuerzan las asociaciones libres características del surrealismo. El ensayo establece una serie de rangos entre disciplinas deportivas calificadas de modernas o decimonónicas con los particulares criterios de su autor.

Nos encontramos entonces con una «clasificación esencial» [Giménez Caballero, 1928a: 27] entre las viejas aficiones aristocráticas y los nuevos entretenimientos masivos. Hípica, esgrima y golf serían producto del elitismo de las aristocracias decimonónicas en proceso de descomposición, mientras que el boxeo, el fútbol o los deportes de velocidad sobre ruedas, «—con casco—», «cuya medida es la máquina, el monstruo, y su divinidad Dyonisos» [Giménez Caballero, 1928a: 37], las formas deportivas del siglo XX que abrazan la vanguardia política y literaria. Cada disciplina deportiva conlleva un paradigma ideológico, así como un tipo sociológico representativo. Sirva como ejemplo el extracto que exponemos a continuación sobre los deportes en vías de extinción:

La esgrima está a punto de sucumbir. Como sucumbió el juego de bohorros y de cañas. Quedando reducida a la Arqueología, a los Conservatorios de Música y Declamación. El golf tal vez en un socialismo cercano se transforme en diversión de asilados y presidiarios. Y el polo, en entretenimiento de la caballería cuartelera [1928a: 41].

Frente a deportes decadentes como la esgrima, el golf y el polo, practicados por arqueólogos, asilados o militares obsoletos —o el mismo monarca en el ocaso de su reinado, cuyas habilidades en esta disciplina nos muestra la breve película filmada en 1910, *Alfonso XIII jugando al polo*— Gecé nos presenta el boxeo, cuya cantera sale de los estratos más humildes tomando «sus héroes de esas entrañas manuales, proletarias de la sociedad» [1928a: 47]. La esgrima era el arte de la disputa de otro tiempo. En la nueva sociedad, es el puño, otrora tenido por medio de disputa «vil e indigno», «la más noble y apasionante de las cosas», mientras que «la gloriosa *espada* de los dueños feudales se ve que ha pasado a la categoría de lo risible» [1928a: 48]. La vieja ritualización del duelo a través del guante del aristócrata se ha restaurado en la mano de la clase llamada a regir los destinos de la humanidad. Transformación que también se opera en el espacio del espectáculo. De este

modo el ring se torna en nuevo lugar de culto “donde la multitud se anilla con avidez helénica” mientras admira al héroe del proletariado alzando su puño triunfante [1928a: 56].

Cuando Giménez describe la figura del motorista encontramos esa hibridación tan característica entre modernidad y tradición que evoca el *shock* de la metáfora ramoniana. Para Gómez de la Serna, el motorista sintetiza magia y técnica:

En el casco, desafiador de los elementos, como las caretas de los chamanes frente a los espíritus malignos. En ese casco, verdadera máscara mágica para dominar lo elemental y eternamente enemigo del hombre: el agua, el aire, la tierra, el fuego [1928a: 68].

Chamanismo, totemismo, mística, motor, vanguardia y modernidad se yuxtaponen alborotadamente en el elogio del *driver*, oculto tras su casco de celuloide. Imitación del trovador del motor de revoluciones y predicador de la teología futurista del automovilista, Filippo Tommaso Marinetti. Una religión del motorismo cuya liturgia propagó el régimen fascista tras los éxitos de sus escuderías en los grandes premios internacionales [Baxa, 2022]:

Una cabeza de héroe es hoy un conglomerado de cuero, duraluminio y mica. Es decir, algo irreal y mítico y horrendo de belleza [1928a: 76]<sup>1</sup>.

La parte dedicada al fútbol del *Hércules*, recreo que aún no había alcanzado la categoría de Fiesta nacional, se caracteriza por una desconfianza que interpretamos parte del jugueteo irreverente del vanguardista, y no reacción defensiva nacionalista. Gecé nos remite a la crisis del 98 y a la adopción acrítica de los extranjerismos ante de la debacle

---

<sup>1</sup> «Si orar quiere decir comunicarse con la divinidad, correr a gran velocidad es orar» [Gómez de la Serna, 1961: 965].

de España sumida en una cegadora amnesia de su otrora hegemonía mundial. Con estos anteojos, el fútbol parece...

...una reacción contra los viejos valores. Es la patada al huevo de Colón. América. Es la ironía trágica de un pueblo que ha jugado hasta entonces con la esfera pesada del mundo y ahora se divierte con una llena de aire. Es el puntapié a las bolas escurialenses y reaccionarias de la arquitectura herreriana. Es la invasión del extranjerismo en las costumbres nacionales [1928a: 101].

Y de nuevo, el rechazo inicial del extranjerismo se revierte con la banalización y el chiste continuo de las efemérides de la historia nacional: la patada al huevo de Colón, la pelota hueca que ha venido a sustituir el orbe hegemonizado por el Imperio español y el puntapié al estilo herreriano, con sus bolas escurialenses convertidas en esféricos balompédicos. La disertación sobre la vieja y nueva cultura en relación con el fútbol y otros deportes como el rugby del introductor del fascismo en España se extiende a los estilos deportivos característicos de cada nación, síntoma de su cultura, política y lugar en el concierto mundial. En Alemania, los saques de banda fueron la práctica necesaria para el lanzamiento de bombas de mano en la Gran Guerra; en Francia, su afición al rugby denotaba su sensualidad. Una pasión homérica por el rapto de una mujer —«ese rapto de Helena que tiene el rugby apasionó a los franceses ¡Pasarse de brazo en brazo el seno de una mujer codiciada por todos!»—; o, para dar fin a esta disparatada lista de estilos deportivos por nacionalidad, el ataque hacia la portería de los rusos anunciaba el asalto revolucionario de 1917. La inventiva de Gecé sobre la influencia del deporte en la sociedad y literatura contemporánea no terminaba aquí. El inspector de alcantarillas mostró una peculiar hibridación entre modernidad y tradición ejercida sin el filtro moral característico del tradicionalismo, sino, al contrario, con un ánimo vanguardista provocador y rupturista que linda con lo surrealista y el humor ramoniano. Sobre la afectación de la narración de

las hazañas de los hercúleos atletas, emerge un tono irrisorio que rebaja la épica deportiva.

El fútbol era un espectáculo masivo en el cual se confundían las masas de seguidores sin atender a sus orígenes sociales ni cualidades morales e intelectivas. A diferencia de otras manifestaciones de desprecio hacia el espectador de los estadios, Gecé y los ramonianos ensalzaban el recreo popular y rebajaban el tono afectado de indignación de buena parte las élites intelectuales contra el aficionado al balompié profesional [Da Costa, 2023b]. Ni el abandono de la tradición ni el peligro para la minoría egregia que denunciara Ortega en *La rebelión de las masas*, preocupaban a estos escritores amantes de la frivolidad y la novedad sin cortapisas morales ni identitarias. En la misma *Gaceta*, otro de los seguidores de Don Ramón, Edgar Neville [1927], simula protagonizar un partido de fútbol entre el combinado nacional y la selección checa. Suenan los himnos nacionales: «Alineación, falsa seriedad, frío. Suena el himno exótico del contrario; seguimos alineados; seriedad más falsa y más frío. A nosotros, la mayoría de las veces, nos saludan con el Himno de Riego. Sí, sí, ¡Están enterados!» [6]. Una fórmula aplicada sistemáticamente en el semanario *Gutiérrez*, donde encontramos la crónica de Menda, pseudónimo de Fernando Perdiguero [1927], sobre un accidentado partido de rugby entre la selección de Carabanchel-Arganda y el *Marsella-Rugby ABCDEFG*:

Lo más sorprendente es que varias veces fingían los jugadores hacer las paces y se abrazaban todos llorando de arrepentimiento, pero en cuanto les echaban entre ellos el saquito volvían a los golpes y demás cosas feas. Así se pasaron cerca de dos horas, sin que, por fortuna, hubiese más que ocho muertos y once heridos [11].

En el caso de Giménez, el deporte como competencia de *ethos* nacionales aparece con frecuencia en la original a la par que confusa doctrina que empieza a construir en sus artículos sobre el fascismo italiano y su deseable importación a España. Esta se compone de una ráfaga de

disparos sin tino, o disparates, que alcanzan lugares, situaciones y personajes de todas las épocas. La yuxtaposición de modernidad y tradición con fines hilarantes se pone al servicio de un curioso proselitismo ideológico. La senda surrealista, erótica, hasta cierto punto rondando lo patológico, de su llegada al fascismo se puede rastrear desde su *Yo, inspector de alcantarillas* hasta sus cartas desde la Italia mussoliniana. La conexión abigarrada de estos elementos nos lo ofrece su interpretación de la figura del mítico don Juan, el *recordman* del amor que exalta en uno de sus editoriales de *La Gaceta Literaria*:

El sistema de don Juan era en el fondo el más cercano al deportivo [...] Sí ¡Espléndidas performances de Don Juan! Ese decidido estar en forma siempre. Cuando don y don Luis confrontan sus papeles, sus cuentas amorosas, no hacen sino compulsar puntos, metros, goles, victorias batidas. Don Juan, batidor de records [Giménez Caballero, 1928b: 1].

Y así, el mismo Gecé se equipara a Don Juan, al motorista, al aviador, en su raid literario por Europa exaltando al deportista en una empresa patriótica de tal trascendencia como contar por puntos los encuentros amorosos. En «Recuerdo de varias entrevistas con Gabriel D´Annunzio», el periodista Sigmund Münz [1921] rememoraba el ocio del alzado contra la *vittoria mutilata* cuando se cansaba de la escritura: «pasaban hasta meses en ocasiones sin que pudiera trabajar seriamente; se entregaba al deporte, a la equitación, a la esgrima y hacia la alabanza de la mujer...» [121]. Deporte, juego y sexualidad se entrelazaban con la actividad política y literaria de la vida del aristócrata sindicalista. La anécdota por sí sola comenta su influjo en este acaparador de movimientos políticos y estéticos que fue Gecé. Por otro lado, la gravedad que implica el vocablo político no opaca las trazas de la fórmula gregueriana metáfora + humor en el escritor fascitizado. De esta manera, Gómez de la Serna [1919] denunciaba las agresiones que propinaban al viandante «las botas de fot-bol», los guantes de boxeo, que «recuerdan a un gran embutido», o los bastones de hockey, que son

«como algo para sacudir la ropa», expuestos en los escaparates cubistas de las tiendas de *sport*:

Todo en esas cosas de *sport* carece de la belleza clásica, pero tiene esa belleza que por muy estúpida y grotesca que sea una cosa la mejora, la eleva y transforma, y es que todo está estilizado, está hecho teniendo en cuenta todos los principios que inspiran el juego, y en todo se ve que la función ha encontrado, con una gran idea de la proporción necesaria, el órgano que necesitaba, el órgano pulido extraño y originalísimo [98-101].

Deporte, literatura y vanguardia con una particular visión de la política. Hablamos de la generación unida por una filosofía vitalista de neta inspiración orteguiana. En su *El origen deportivo del Estado*, Ortega defiende, con una suerte de racionalidad sistemática aderezada de provocación vanguardista, que no fueron los consejos, senados y tribunales, organismos reguladores de razón y utilidad presididos por honorables y seniles magistrados, los protagonistas de las sociedades políticas primitivas. Al contrario, su basamento civilizatorio se asentó sobre fraternidades de jóvenes guerreros entrenados en el ascetismo, o la *askesis*: «el régimen de vida del atleta, llena de ejercicios y privaciones» [Ortega, 1924: 617]. Contra la visión positivista del materialismo, el origen del Estado no radicaba en una comunidad reglada por el interés de su conservación, sino en la gracia de una juventud juguetona que se rebelaba contra la senectud y que privilegiaba el derroche de energías sobre su mesurada economía. En estas fraternidades se experimentaron las primeras corporaciones originarias. De la preparación del cuerpo se pasó al asalto del enemigo, es decir a la guerra. La imagen que nos ofrece el autor de *España invertebrada* para ilustrarnos el fenómeno es la de un tipo de agrupación en boga en los años veinte: el club deportivo. La conclusión de este ensayo parece inspirar la imaginación de los jóvenes del periodo de Entreguerras dispuestos a tomar el testigo: el Estado lo fundaron jóvenes atletas organizándose deportivamente para el combate, y no una gerontocracia acomodada en el asiento de los parlamentos.

En esta filosofía del *sport* se entrenan las mentes de los universitarios inconformistas. Aquellos rebelados contra el académico recluido en su torre de marfil. En las páginas de la revista *El Estudiante*, se proclama el final del *bohemio, enfermizo y sentimental*: «Por eso el estudiante, que no quiere ser bohemio enfermizo ni sentimental siglo XIX, que quiere ser sano de cuerpo y de espíritu, saluda con entusiasmo a esta era de los deportes físicos...». Y anima a los jóvenes a que no disequen sus «almas entre los muros académicos y fríos desolados, de la Universidad y de la escuela» [Anónimo, 1925: 13]. Esta publicación, que cuando se reeditó en Madrid adquirió un mayor cariz político proclive al socialismo y al comunismo, incluye en su etapa salmantina un artículo del político mejicano José Vasconcelos Calderón sobre el deporte, las razas y la decadencia del mundo hispano. Aquí se dilucidaba otra de las controversias que ocupaban a los literatos e intelectuales españoles: ¿Toros? ¿Manifestación de una sociedad anquilosada, bárbara y decadente, o ejemplo de las virtudes heroicas y las cualidades artísticas de los españoles? Posicionado indiscutiblemente en el artículo a dos páginas titulado «El deporte regenerador», Vasconcelos critica la inoperante ociosidad hispánica frente al culto al esfuerzo de los países anglosajones, ejemplificado en su mayor dedicación a las actividades deportivas. En su visita a Huelva, se sorprende por la ausencia de deportes acuáticos en tal favorable emplazamiento para su práctica: «no vimos ni gente remando, ni un solo bañista» [Vasconcelos Calderón, 1925: 4]. Los habitantes de la capital onubense se habían marchado a una corrida de toros en un pueblo cercano, lo cual provoca la indignación de Vasconcelos: «¿Qué es lo que se puede esperar de una raza que tiene como deporte nacional los toros y que teniendo delante dos ríos y un mar no renueva su vida en ninguna de las tres fuentes de energía?». El deporte se convierte así en un ingrediente necesario de la democracia y la reforma de las naciones hispanas pasaba por una «cruzada del deportismo». La falta de acción y verbosidad también eran defectos ligados a la ausencia del deporte; «taras» sociales que incapap-

citaban a estas razas para la modernidad. Vasconcelos finaliza con una radical y tajante conclusión: «primero, el deporte, después la democracia. Donde hay toros, hay tiranía» [Vasconcelos Calderón, 1925: 5]. La asociación entre toros y tiranía recordaba a la hiperbólica de Corpus Barga entre la misma tauromaquia y el fascismo en un artículo publicado en el emblemático periódico *El Sol* en evidente tono irónico: «el triunfo del fascismo sería la internacionalización de nuestra fiesta nacional» [García de la Barga, 1923: 1].

La disciplina en cuestión no solamente expresaba un tipo ideal o corrupto del protagonista colectivo, sino que la misma era escenario de conflicto entre dos formas de ver el mundo o *ethos* antagónicos. La sociedad toros-tiranía, deportes (modernos, se entiende)-democracia –o fascismo-tauromaquia– parece tan justificable como la que establece el mismo Giménez Caballero entre la fiesta nacional y el liberalismo europeo en otra de sus controvertidas opiniones publicadas ya en 1931, en la revista de Ledesma Ramos, *La Conquista del Estado*. El encabezado del artículo revela por sí solo el afán polémico del escritor: «Origen europeo, liberal y antiespañol de las corridas de toros». En este artículo, Gecé sostiene que la tauromaquia ha sido objeto de la mala interpretación de los europeístas al ponerla como epítome de la barbarie inquisitorial española, siendo, en cambio, una festividad artificialmente promocionada por aquellos europeos que acabaron con el Imperio: «esa parte vulgar y soez de las corridas de toros *no es española*. Sino *européa*. *Archieuropea*». La, a su juicio, mal denominada fiesta nacional, con su ritual de picadores, rejoneiros y toreros profesionales, no sería sino otra manifestación del dominio foráneo que llevó a España a adoptar los principios de la Revolución francesa, la democracia y el parlamentarismo: «Las corridas de toros cristalizan en España como espectáculo nacional al mismo compás que el sistema parlamentario» [Giménez Caballero, 1931: 5]. La conclusión del disparatado escritor consiste en la que fiesta regrese a su origen mítico, mediterráneo e ibérico y se despoje de aquellas vulgaridades que, a su entender,

han contribuido a desmerecerla: el parlamentarismo, el socialismo y el turista equipado con sus prejuicios románticos sobre España. La argumentación se contradice, como es rutina en el escritor madrileño, con su elogio a la tauromaquia en su ensayo de ecos surrealistas *Los toros, las castañuelas y la Virgen*. Publicado en 1927, al libro lo acompañó la crítica del diario derechista –y profascista– *La Nación* por su infantil tratamiento de temas profundos y su escandalosa visión de la Virgen María. Más allá de las contradicciones evidentes, la provocativa pluma del madrileño ataca a la tauromaquia concebida como fiesta nacional en el siglo XIX por ser una extensión del aparato demoliberal, ajeno al espíritu que supuestamente imprime su carácter. La fiesta nacional sería una pantomima democrática.

Dejado atrás el debate intelectual de principios de siglo XX sobre la tauromaquia, el deporte sí que adquirirá en los escritores españoles un claro signo de transformación y revolución social por otras vías alternativas, contra lo que defendía Vasconcelos en *El Estudiante*, a la democracia. De vuelta a los años 27 y 28, periodo de fascistización de Gecé, encontramos en el raid literario las imágenes inconexas que aparecen a golpe de yuxtaposición, de montaje de significantes familiares para el público de Entreguerras: «pragmatismo, deporte, máquina, dictadura, desnudo, alegría: materialismo trascendental» [Giménez Caballero, 1927: 7]. Al igual que el cine u otras novedades de una emergente cultura globalizada, la cuestión del deporte atraía la atención de intelectuales, partidos y agrupaciones de variado signo político. En *La revista católica de cuestiones sociales* se alertaba contra aquellas mujeres que llevaban «una vida de mundo, de flirteo, de sport,...» [233-237]. La práctica del deporte se asimila a la inmoralidad, al egoísmo y a la superficialidad de la mujer cosmopolita. En *La Lectura Dominical: Revista Semanal Ilustrada*, Froilán León recomienda a la juventud la cultura física unida al conocimiento de la naturaleza a través del senderismo. En opinión del articulista, esta sana práctica física y espiritual nada tiene que ver con la del deporte de competición, cuyos

excesos se notan en la deformación que experimenta el atleta: «fealdad de muchos jóvenes deportistas, de encorvada columna vertebral, de piernas de cigüeña, de rostro demacrado, y un tanto tarados de progmatismo» [1928: 754]. Una imagen más próxima a la morfología enfermiza del figurín de una pintura expresionista que aquella asociada al deportista ideal.

Este atleta víctima de la sociedad moderna bien describe el cuerpo del figurín tan característico del expresionismo alemán. Cuerpos insalubres que comienzan a cuestionarse en los albores del nuevo romanticismo literario de Díaz Fernández. El protagonista que admira el alba resplandeciente de Aurora, personaje en la ciudad, pero originario de un medio rural en boga a partir de los treinta. Antonio, el protagonista del relato de Francisco Ayala, *Cazador en el alba* (1929), bien pudiera ser el campeón de una religiosidad deportiva. Boxeador de peso wélter, se entrena en el gimnasio donde reúnen los tipos físicos de cada deporte, sus subespecies: el «del lanzador de disco, el del corredor pedestre y el del arlequín sucinto, futuro campeón de los ciclistas y bebedor de los vientos en copa de plata». Contrasta entre los pálidos y estirados atletas, la recia y oscura forma de Antonio, «quien constituyó un espectáculo para el gimnasio», «formando el público de aquel auto sacramental en que un boxeador combate a su propia sombra, héroe de luchas interiores, tácitas y enconadas» [Ayala, 1929: 46-47].

La literatura de avanzada crea a unos personajes dispuestos a liberarse en cuerpo y alma de las ataduras del tipo urbanita. Derrotado por la marcha deshumanizante del capitalismo y la sociedad de consumo, emerge finalmente sobre las ruinas de la civilización alumbrando una nueva sociedad. Novelas características de la narrativa politizada de este periodo como *La venus mecánica* (1929) –José Díaz Fernández–, *El hombre de los medios abrazos: novela de lisiados* –Samuel Ros (1933)– o *Hermes en la vía pública* –Antonio de Obregón (1934)–, presentan un personaje impedido ideológica, psicológica o físicamente. Tras un periodo de concienciación en el que se introducen las distintas prefe-

rencias políticas de los autores, se produce la palingenesia o renacimiento físico y moral del héroe, preparado para la acción y el despertar político-social que se avecina. En la primera de las novelas citadas, la de Díaz Fernández, se describe al neurasténico protagonista, Víctor, imbuido de falsas ideas aprendidas en ambientes *desnaturalizados* de lujos desmedidos, exotismos extravagantes y demás productos de la *cultura* cosmopolita occidental. La rehumanización preconizada por el autor del *Nuevo romanticismo* se produce mediante el reconocimiento del trabajo físico agotador de la clase obrera, encerrada en el infierno de la mina, privada de su dignidad humana. De forma análoga, en el final de la novela de Obregón, la protagonista, Blanca, se desprende de la corrupción y la pompa burguesas en una escandalosa performance que alborota un suntuoso desfile de modelos a la última moda parisiense: «patea los colgantes de perlas, se arranca la combinación, la faja los sostenes, las medias, hasta quedar completamente desnuda» [Obregón, 1934: 229]. El despojo de todas aquellas fruslerías de la sociedad decadente transforma a Blanca en una venus que Hermes levanta en sus brazos alzándola como un trofeo en la calle y haciéndose paso a empellones entre los agentes de la ley que tratan de detenerles. Al tiempo que se muestra la decrepita sociedad del esplín en clubes, salones, *garden parties* y *cocktails*, síntoma de que el capitalismo y la burguesía y su sistema democrático se hundan irreversiblemente, los personajes renacen ante el redescubrimiento de los elementos naturales y de las sociedades primitivas no contaminadas por el comercio y las costumbres perniciosas del occidente capitalista. Un ejemplo de ello es cuando se describe la inocencia paradisiaca de las islas del Hawái previo a la colonización y su posterior corrupción tras la llegada de «obispos, fábricas, muchachas hombrunas jugando al *tennis*, y filántropos yanquis que han invadido todo de iglesias, cuarteles, hospitales y escuelas públicas» [Obregón, 1934: 201]. En este pasaje se cita el tenis, precisamente, como deporte ligado a las actividades recreativas de la aristocracia y a la liberación de la mujer, entendida

por estos autores como androginia y abandono de la feminidad<sup>2</sup>. Recordemos que Gecé arremetía contra el golf o la hípica con parecidos argumentos.

De las novelas citadas, la de Samuel Ros es en suma la más valiosa para el propósito de esta investigación pues conjuga en el destino trágico de sus personajes dos deportes emergentes como el balompié y el automovilismo. El protagonista de *El hombre de los medios abrazos*, Jersey Blanco, es un portero de fútbol al que se le amputa el brazo derecho tras fracturárselo en un partido. El atleta lisiado está impedido de por vida para la práctica del deporte. Su encuentro con Boina Azul, otra incapacitada por accidente de automóvil a quien se le extirpa el seno izquierdo, inicia un romance que sutura la herida moral de los personajes. Sendas prótesis de metal –un brazo ortopédico– y de goma –un seno postizo– sustituyen sus órganos amputados. La unidad ante la fatal contingencia se sobrepone a la marginación de una sociedad utilitarista, burguesa y deshumanizada. A ellos los acompaña el Filósofo idealista, tipo representativo del intelectual encerrado en su torre de marfil, que al principio de la novela nos ofrece una disertación sobre el sentido del deporte y su alcance social. El último factor, la masa, el

---

<sup>2</sup> Izquierdas y derechas antiliberales del periodo comparten similar desprecio al feminismo, la androginia o la homosexualidad como producto de una intelectualidad burguesa desnortada. Un ejemplo lo encontramos en el ya mencionado Díaz Fernández y su *Venus Mecánica*, en la cual desgrana la actividad de un club feminista con esta hiriente descripción: «En el Club Femenino, el hombre solo tenía acceso a la sala de té. Las asociadas se esforzaban en demostrar que el otro sexo no les era necesario y que preferían el trato entre sí para gastar) alegremente las horas de ocio. Pero como casi todas eran esposas, madres o hijas de intelectuales, en realidad lo que llevaban allí eran las opiniones de sus maridos, de sus padres o de sus hijos, expuestas aún con más encono y con mayor agresividad. La independencia de aquellas señoras consistía en tumbarse despreocupadamente en los divanes, fumar egipcios e inventar fiestas artísticas para que acudiesen personas del otro sexo. Es cierto que había algunas damas que velaban por la pureza de los estatutos y mantenían respecto al hombre una absoluta intransigencia, hasta el punto de no penetrar jamás en el salón de té; pero las demás aseguraban que tan actitud no provenía tanto del odio al hombre como del cariño por las jovencitas, a las que atraían vorazmente a los rincones más íntimos silenciosos» [Díaz Fernández, 1929: 105].

espectador que ardorosamente acompaña y enardece el esfuerzo de los futbolistas en el estadio de fútbol lo representa Jersey Blanco. Ambos caracteres, este último y el filósofo, personifican la antítesis masa e intelectualidad respectivamente. El personaje que completa la acción es la amiga de Boina Azul, Juanita Hidalgo, una prostituta. Todos ellos, ajenos por condición social y material, al ser conscientes de su soledad, renuncian al egotismo y adquieren conjuntados un sentido de unidad que supera sus diferencias.

Ideales políticos que se expresan con notas de humor, desafiando las convenciones, a través de estos ejemplos representativo de literatura y deporte. Una diversidad de interpretaciones que coincide genéricamente en el protagonismo colectivo de la masa en *sport* y que nos aporta una visión heterodoxa de aquellos escritores que, en años posteriores, adoptarían los hermetismos de la militancia. Las interpretaciones sobre el autoritarismo nazi y el peligro de su resurrección en las sociedades posteriores a la Segunda Guerra Mundial pecan de amplitud en la definición del objeto de rechazo, pero a la vez escatiman la variedad y multivocidad de los totalitarismos en sus primeras etapas de formación. En el caso del original italiano, sus correligionarios y artífices manifestaron amplias diferencias con respecto al papel del Estado, la sociedad civil, la filosofía, las ciencias, las artes y, por extensión, los deportes. Durante los años veinte, el fascismo se encontraba en formación en sus preceptos económicos, políticos y sociales; con una disputa constante sobre el significado del movimiento que contradecían los mismos líderes fascistas en sucesivas declaraciones. En esta etapa, los discursos del Duce sobre el privilegio de la economía estatal o privada, la sociedad disciplinada o espontánea, el arte estatal o individual, eran tan cambiantes que, como dijo Ortega y Gasset en 1925, parecía que el fascismo defendía a su vez una cosa y la contraria. No obstante, los equívocos o confusiones de una doctrina corregida por la contingencia se presentaban en numerosas ocasiones por sus apologetas como su virtud característica. La propaganda del régimen mussolinia-

no presumía de la plasticidad del fascismo por ser su espíritu antipositivista y vitalista fundamento filosófico de una antropología opuesta al determinismo marxista.

En el arte, el cine y la literatura también se dieron múltiples contradicciones y equívocos. La cuestión sobre el *verdadero* arte fascista en sus primeros estadios enfrentaba a vanguardistas contra realistas. Como señala Ruth Ben-Ghiat [2001], la controversia sobre el arte y el fascismo no se resolvió hasta los años treinta, cuando la exaltación de lo popular y de lo rural mediante formas expresivas figurativas contrarias a la deshumanización vanguardista se impusieron no solamente en los Estados fascistas o fascistizados, sino también en su némesis ideológica y estatal: el comunismo y la Unión Soviética dominada por la doctrina zhanovista del realismo socialista. En España, durante la guerra y principio de la posguerra, se afianzó un modelo de arte dirigido por el aparato de propaganda del régimen que, si bien presentaba variantes reseñables como el énfasis en el espíritu católico de las creaciones hispánicas, se asentaba en estos presupuestos anticosmopolitas y ruralistas.

En la España de los veinte, las propuestas estéticas de los protofascistas eran tan dispares como el neoclasicismo defendido por Rafael Sánchez Mazas y el vitalismo vanguardista hipersexualizado de Ernesto Giménez Caballero. Mientras que para el primero, el arte fascista retornaba al clasicismo tras erigirse sobre la decadencia y desorden de la modernidad; el segundo, consideraba que el espíritu antieuropeo y bárbaro de las masas españolas inspiraría un fascismo patrio que daba con sus referentes artísticos en el ultraísmo, la greguería y el surrealismo. Lo decadente para uno, suponía lo fecundo para el segundo. Contenidos tan antitéticos como los vertidos por el autor de *Yo, inspector de alcantarillas* en *La Gaceta Literaria* o por el corresponsal en Italia del diario monárquico *ABC*, venían a denominarse fascistas. Esta variedad de interpretaciones en torno a las nuevas ideologías hacía posible tanto la discrepancia absoluta entre los defensores de la implantación del

fascismo en España como la coincidencia entre los supuestos enemigos. Giménez Caballero se entendía mejor en cuestiones doctrinales políticas y artísticas con un futuro comunista como Arconada que con futuros referentes del falangismo como Eugenio D'Ors o el mismo Sánchez Mazas. En un estadio germinal del fascismo y del comunismo españoles, estas cuestiones flotaban a la deriva del arbitrio creativo del autor, siendo Giménez campeón indiscutido en esta competencia. Sobre todo en su etapa inicial, Gecé fluyó como pez en el arroyo irracionalista del surrealismo antiburgués, ajeno al hermético molde del orden neorrenacentista que suponía Sánchez Mazas en la Italia mussoliniana.

Análogo contraste encontramos en las disquisiciones sobre el deporte y su papel regenerador de la decadente sociedad y política españolas. De ello se infiere que igual de *totalitaria* era la defensa de los nuevos deportes masivos, como los ataques a la masa distraída en vulgares entretenimientos importados de lejanas geografías como el fútbol y el boxeo. Todo se subordinaba del concepto del autor respectivo que asignaba a cada disciplina deportiva unos atributos determinados. La indumentaria deportiva del posado de Ledesma haciendo el saludo romano o en intencionado contrapicado a lomos de su motocicleta nos ofrece la imagen dinámica del político fascista, hombre de acción. Por otro lado, la postura serena y aristocrática de Mussolini a caballo que elogia Sánchez Mazas transmite la también fascista superación del hombre masa sumido en la vorágine del mundo moderno.

En esta época de ideologización de los literatos españoles, el deporte se considera manifestación del hecho social y de su estado espiritual. Las visiones genéricas sobre el mismo varían y su análisis en profundidad nos aporta un juicio particular de cada disciplina. En este sentido, al deporte en su totalidad y a cada especialidad en concreto se le asigna un tipo sociológico a la contra o en sentido de la ideología de sus autores. De este modo, se juzgaba sintomatología de una sociedad decadente dirigida por la mesocracia de la mediocridad; de una clase

social pujante ante otra a la defensiva; o de una sociedad nueva frente a otra moribunda que recorría todos los estratos del cuerpo nacional. En el caso del siempre estridente Giménez Caballero, se aunaba la denuncia de una parsimonia conformista con la simpatía por las masas que se concentraban en los nuevos espacios de socialización: los estadios de fútbol, el ring de boxeo o la pista de automovilismo. Mientras que en el boxeo se batían dos púgiles, héroes del proletariado, en el golf o en la esgrima se recreaba una aristocracia en proceso de desaparición. En la observación en su especificidad, la heterodoxia del escritor triunfa sobre los moldes ideológicos o programáticos. Sello de una literatura deportiva de avanzada cuyos pasos discontinuos hoyaron el sendero hacia las ortodoxias confrontadas en nuestra guerra civil.

## BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, Theodor W. (1941): *Crítica, cultura y sociedad*, trad. Manuel Sacristán, Barcelona, Ariel, 1969.
- ANDERSON, Benedict (1983): *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Nueva York, Verso.
- ANÓNIMO (1925): «Aire libre», en *El Estudiante*, 1-V: 13.
- ARCONADA, Cesar María (1928): «Política y literatura: una encuesta a la juventud española», en *La Gaceta Literaria*, 1-I: 3.
- \_\_\_\_\_ (1927): «Los futbolistas y la literatura: lo que dice Félix Pérez, futbolista del Real Madrid», en *La Gaceta Literaria*, 15-VII: 1.
- AYALA GARCÍA-DUARTE, Francisco (1929): *Cazador en el alba*, Madrid, Alianza.
- BAXA, Paul (2022): *Motorsport and Fascism: Living Dangerously*, Palgrave MacMillan.
- BEN-GHIAT, Ruth (2001): *Fascist Modernities*, California University Press.
- GARCÍA DE LA BARGA, Andrés (1923): «Fascismo y toros», en *El Sol*, 20-V: 1.
- CUESTA MUÑIZ, Luis Francisco (2013): *El estadio y la palabra: deporte y literatura en la Edad de Plata*, University of California.
- DA COSTA, Marco (2023a): *La España nazi: crónica de una colaboración ideológica e intelectual, 1931-1945*, Madrid, Taurus.

- \_\_\_\_ (2023b): «La demonización falangista del fútbol en la literatura y el periodismo español (1926-1936, *Revista de Literatura*, 169: 209-234.
- DÍAZ FERNÁNDEZ, José (1929): *La venus mecánica*, Moreno-Ávila Editores, Madrid.
- GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto (1931): «Origen europeo, liberal y antiespañol de las corridas de toros», en *La Conquista del Estado* (28-III), 5.
- \_\_\_\_ (1928a): *Hércules jugando a los dados*, Madrid, La Nave.
- \_\_\_\_ (1928b): «12.302 kilómetros de literatura: Europa: conferencias raid», en *La Gaceta Literaria* (15-VII), 1.
- \_\_\_\_ (1927): «12.302 kilómetros de literatura: la etapa alemana», en *La Gaceta Literaria* (1-X), 7.
- GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón (1961): «Marinetti», en *Retratos*, Aguilar, 954-965.
- \_\_\_\_ (1919): *Greguerías selectas*, Madrid, Saturnino Calleja.
- GONZÁLEZ AJA, Teresa (1998): «Spanish Sports Policy in Republican and Fascist Spain», en *Sport and International Politics: Impact of Fascism and Communism on Sport*, ed. Pierre Arnaud y Jim Riordan (Taylor & Francis Group), 97-113.
- HARGREAVES, John (2000): *Freedom for Catalonia?: Catalan Nationalism, Spanish Identity, and the Barcelona Olympic Games*, Cambridge University Press.
- JARVIE, Grant (2006): *Sport, Culture and Society: An Introduction*, Nueva York, Routledge.
- KRAKAUER, Siegfried (1963): *The Mass Ornament: Weimar Essays*, London, Harvard University Press.
- MARCUSE, Herbert (1954): *El hombre unidimensional: ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, trad. Antonio Elorza, Barcelona, Planeta.
- MÜNZ, Segismundo (1921): «Recuerdo de varias entrevistas con Gabriel D'Annunzio», en *Cosmópolis*, Madrid, V-1921, 29: 112-122.
- NEVILLE ROMRÉE, Edgar (1927): «La semana deportiva», en *La Gaceta Literaria* 3 (1-II), 6.
- OBREGÓN CHOROT, Antonio de (1934): *Hermes en la vía pública*, Madrid, Espasa-Calpe.
- ORTEGA Y GASSET, José (1924): «El origen deportivo del Estado» en *Obras completas II*, Madrid, Revista de Occidente, 1963.
- PERDIGUERO CAMPS, Fernando (1927): «La semana deportiva», en *Gutiérrez* (9-VII), 11.
- VASCONCELOS CALDERÓN, José (1925): «El deporte regenerador», en *El Estudiante*, 1, VII: 4-5.